

EDITORIAL

Presente y futuro del pasado religioso en Estados Unidos

O presente e o futuro do passado religioso nos Estados Unidos

Daniel Rocha *
Alexandre Guilherme da Cruz Alves Junior **
Traducción de Brasil Fernandes de Barros ***

El 27 de junio de 2017 falleció Peter L. Berger. El sociólogo austriaco, que desarrolló su carrera académica en Estados Unidos, se convirtió en una referencia en los estudios sobre la religión en la modernidad. Sus debates sobre la teoría de la secularización tuvieron un gran impacto en esta área de estudio, especialmente con su obra más conocida, *El Deseo Sagrado* (1969). En esta obra, Berger apoyaba lo que él mismo consideraba una postura ortodoxa en la sociología de la época: la convicción de que cuanto más avanzara la modernidad, menos espacio ocuparía la religión en el mundo contemporáneo. Esta postura fue revisada con el paso de los años y, en *La desecularización del mundo* (1999), Berger llegó a admitir que se equivocaba en su posición sobre la teoría de la secularización: los hechos empíricos - como el auge de movimientos religiosos políticamente comprometidos en todo el mundo a partir de finales de los años setenta - contradecirían la percepción del declive de la religión en la modernidad.

Múltiplos altares de la modernidad fue el último libro de Berger.

* Doctor en Historia por la Universidad Federal de Minas Gerais (UFMG). Doctorando en la Escuela Doctoral Italiana de Estudios Religiosos de la Università Degli Studi di Modena e Reggio Emilia (Italia). País de origen: Brasil. ORCID: 0000-0001-6813-2024. E-mail: danielrochabh@gmail.com.

** Doctor en Historia por la Universidad Federal Fluminense (UFF). Profesor de Historia de las Américas y PPGH en la Universidad Federal de Amapá (UNIFAP). País de origen: Brasil. ORCID: 0000-0002-8240-4388. E-mail: alexandreacruzunifap@gmail.com.

*** Doctor y Maestra en Ciencias de la Religión por la Pontificia Universidade Católica de Minas Gerais. Becario del Programa de Desarrollo de Postgrado (PDPG) - CAPES. ORCID: 0000-0002-5285-4871. Correo electrónico: brasil@netinfor.com.br

Publicado originalmente en 2014, el “canto del cisne” del sociólogo presentaba una posición más matizada en la que sus décadas de experiencia en la investigación y reflexión sobre este campo de estudio le llevaban a ser cauto a la hora de adoptar una postura demasiado asertiva sobre el presente y el futuro de la religión en el mundo moderno. En esta obra, Berger rebaja el tono de su crítica a la teoría de la secularización al concluir que, en el mundo contemporáneo, “muchos creyentes corrientes [...] consiguen ser a la vez seculares y religiosos” (Berger, 2017, p. 15) e incluso personas extremadamente religiosas utilizan “un discurso secular en ámbitos importantes de su vida. [...] Para la mayoría de los creyentes no existe una dicotomía flagrante entre creencia y secularidad, sino más bien una construcción fluida de ambas las cosas” (Berger, 2017, p. 12). Sin embargo, la tesis central defendida por Berger en su última fase era que no sería la secularización, sino “el pluralismo, la coexistencia de diferentes visiones del mundo y sistemas de valores en la misma sociedad [...] el mayor cambio provocado por la modernidad en relación con el lugar de la religión, tanto en la mente de los individuos como en el orden institucional” (Berger, 2017, p. 10).

En el caso de Estados Unidos, Berger lo consideraba uno de los principales ejemplos de país religiosamente pluralista en el que las dinámicas y la administración del pluralismo habían tenido un éxito relativo. Argumentaba que los valores inscritos en la Primera Enmienda no sólo funcionaban como un conjunto de normas jurídicas, sino que también eran progresivamente interiorizados por la población, promoviendo una progresiva aceptación colectiva de la diferencia. Sin embargo, aunque es posible estar de acuerdo con la idea de que Estados Unidos se está convirtiendo cada vez menos en una nación protestante y cada vez más en una nación religiosamente plural, es esencial reconocer que este proceso no se produce sin una resistencia significativa y, en ciertos casos, sin tensiones sociales.

Desde la época colonial, Estados Unidos ha tenido un nivel de diversidad religiosa considerablemente superior al de otros países occidentales. En el contexto de una Europa todavía fuertemente influida por el principio de *Une Foi, Une Loi, Un Roi*, la experiencia de las trece colonias estuvo marcada por la presencia de una considerable diversidad de expresiones del cristianismo, así

como por el contacto con las religiones de los pueblos nativos y de los africanos esclavizados. A menudo, sobre todo en el sentido común, la imagen de los colonos en Norteamérica se resume a la de los puritanos (en su mayoría congregacionalistas) en Nueva Inglaterra, dejando en un segundo plano, por ejemplo, la fuerte presencia católica en Maryland, la llegada de los judíos holandeses de Nueva Ámsterdam a Nueva York y experiencias de mayor diversidad y tolerancia religiosa como Rhode Island y Pensilvania, así como, por supuesto, la diversidad religiosa indígena. Investigadores como Jon Butler (1990) han criticado este énfasis desproporcionado en el puritanismo en la historia de la religión en Estados Unidos, descuidando la complejidad, diversidad y especificidades regionales que de hecho caracterizaron a las trece colonias.

En el contexto de los siglos XVII y XVIII, las colonias británicas en Norteamérica fueron vistas como una opción de esperanza para diversos grupos de disidentes religiosos europeos. Así, a lo largo de este periodo, cruzaron el Atlántico diversos grupos sectarios que habían surgido en el efervescente siglo XVII en Gran Bretaña, siendo los principales los Quakers; los alemanes calvinistas del Palatinado; los calvinistas de la Iglesia Reformada Holandesa; muchos baptistas, inicialmente ingleses, pero más tarde también suecos, letones, etc.; los presbiterianos irlandeses y escoceses; algunas comunidades anabaptistas del continente, principalmente menonitas; los pietistas moravos; diversos grupos luteranos, etc. Sin embargo, para otros grupos no europeos y no protestantes, la vida en Norteamérica distaba mucho de ser un oasis de libertad religiosa. Para los esclavos traídos de África, fue un periodo marcado por lo que Butler denominó el *african spiritual holocaust*, en el que hubo un deseo intencionado, apoyado por los líderes eclesiásticos blancos, de borrar todo rastro de tradiciones religiosas africanas entre los esclavizados. Los distintos pueblos indígenas establecieron diferentes relaciones entre sus religiones y el cristianismo. Joel W. Martin y Mark A. Nicholas demostraron en la colección *Native Americans, Christianity, and the Reshaping of the American Religious Landscape* (2010) la variedad de formas de contacto religioso, incluyendo cristianos indígenas, no cristianos e incluso antiguos cristianos, explorando el intercambio religioso entre indígenas y europeos. Estos estudios revelaron cómo los pueblos indígenas negociaron los cambios con respecto a las misiones, los misioneros y el

cristianismo.

Por lo que respecta a los estudios sobre la religión en Estados Unidos en los siglos XVII y XVIII, es necesario considerarlos desde una perspectiva atlántica y no aislados del contexto religioso europeo. Este enfoque es esencial para comprender cómo se reprodujeron ciertos patrones del cristianismo europeo en las colonias americanas. Estos patrones incluyen los conflictos entre las iglesias estatales y los grupos disidentes, la persistencia de prácticas mágicas y ocultistas en la religiosidad popular y, sobre todo, la propagación de movimientos de avivamiento religioso. Desde las primeras décadas del siglo XVIII, “ambos lados del Atlántico fueron testigos de una explosión de entusiasmo religioso, en la que predicadores itinerantes iban de un lugar a otro dando testimonio de sus experiencias religiosas y animando a los trabajadores, estuvieran donde estuvieran, a convertirse en [...] ‘instrumentos de su propia salvación’” (Linebaugh; Rediker, 2008, p. 204). Los predicadores del avivamiento, como George Whitefield y Jonathan Edwards, tuvieron un gran impacto, haciendo hincapié en la ira venidera de Dios contra los impenitentes y en la necesidad de una conversión personal y genuina si se quería salvar a la gente. Además, fue en el contexto de los avivamientos cuando varios autores observaron la aparición de un incipiente sentimiento de nacionalismo y la creencia en el excepcionalismo estadounidense. En Jonathan Edwards, podemos percibir la presencia de una esperanza posmilenialista por el advenimiento de un reino de Dios en la Tierra que comenzaría en la “América revivida”: “considerando el estado actual de las cosas [...] no es razonable que no comprendamos que esta gran obra de Dios debe estar próxima a cumplirse. Y hay muchas cosas que nos hacen creer que esta obra [el establecimiento del Milenio] comenzará en América”¹.

El siglo de los avivamientos religiosos fue también el siglo que presencié el proceso revolucionario que culminó con la Independencia de Estados Unidos. A pesar de la fuerza del discurso religioso durante este periodo, se inició un proceso de secularización en ciertos sectores de la vida de las antiguas colonias inglesas

¹ Nuestra traducción. Lo mismo ocurre en todas las citas directas de textos en inglés. Este pasaje está presente en el texto *Some thoughts concerning the present revival of religion in New England, and the way in which it ought to be acknowledged and promoted, humbly offered to the public, in a treatise on that subject (1742)* de Edwards. O conteúdo completo do texto pode ser encontrado em: <https://quod.lib.umich.edu/e/evans/No4004.0001.001?view=toc>. Accedido el 11 de noviembre de 2024.

en América. Ámbitos como el comercio, la guerra y, en cierta medida, la política, comenzaron a adquirir una autonomía cada vez mayor respecto a la influencia religiosa. Además, el pensamiento de la mayoría de los “Padres Fundadores” estaba más influido por la tradición ilustrada que por el cristianismo. Aunque los Padres Fundadores reconocían la importancia del legado protestante para la lucha por la libertad -especialmente de pensamiento-, eran conscientes de que protestantismo no era lo mismo que libertad. La joven nación ya había experimentado ejemplos de “iglesias oficiales” en algunas de las colonias - sólo se permitía el acceso a la función pública a los miembros comulgantes - y la negación de la libertad religiosa a los disidentes, incluida la aplicación de la pena capital por delitos de blasfemia y herejía. En la Declaración de Independencia aparecen elementos considerados religiosos en la mención de los derechos originarios de “las leyes de la naturaleza y del Dios de la naturaleza”, el “Juez supremo del mundo” y las peticiones de protección a la Divina Providencia. Sin embargo, se percibe en el documento un carácter mucho más laico que, aunque implícitamente, religioso. La Primera Enmienda de 1791 confirmó valores relativos al papel de la religión en la sociedad que ya habían sido anunciados en el *Estatuto de Virginia para la Libertad Religiosa* (1786) redactado por Thomas Jefferson, con la prohibición del establecimiento de una religión estatal y la garantía de la libertad de culto. No establecía un rechazo u hostilidad del Estado hacia la religión, sino que, como sostiene Pocock (2003, p. 416) en un texto en el que analiza y contextualiza el *Estatuto de Virginia*, la principal afirmación de este documento era la “indiferencia política hacia las creencias religiosas”.

A pesar de establecerse sobre bases jurídicas que prescindían de la necesidad de fundamentos teológicos, la historia religiosa de Estados Unidos en el periodo posterior es una historia del auge más que del declive del cristianismo. Los investigadores destacan un proceso continuo de «cristianización del pueblo estadounidense» (Butler) y “democratización del cristianismo” (Hatch), pero “un cristianismo tan complejo y heterogéneo que desafía tanto a observadores como a adeptos” (Butler, 1990, p. 2). Además, aunque la legislación y el exaltado principio de libertad religiosa pudieran sugerir lo contrario, en la práctica, “algunos Estados reconocían el cristianismo como religión oficial, aunque no la establecida. Los jurados tenían que creer en Dios; los profesores tenían que leer

la Biblia, y en algunos estados la observancia religiosa del 'Día del Señor' era una obligación legal” (Commager, 1969, p. 174). En el siglo XIX, Estados Unidos siguió estando profundamente influido por los movimientos de avivamiento y por la fuerza de las diversas confesiones protestantes, que desempeñaban un importante papel agregador en la sociedad. A partir de la segunda mitad del siglo, se generalizó la percepción de que Estados Unidos era “una nación cristiana protestante favorecida de forma única por Dios, y que el mantenimiento de las bendiciones divinas dependía de la preservación de esta identidad protestante” (Cohen; Numbers, 2013, p. 4).

El siglo XIX fue un periodo de gran diversificación y expansión de la pluralidad religiosa en Estados Unidos. En el ámbito del cristianismo, se produjo tanto el crecimiento significativo de algunas confesiones, como bautistas y metodistas, como la aparición de nuevas tradiciones a partir de cismas internos en las iglesias protestantes. Fue también durante este periodo cuando se establecieron las primeras iglesias cristianas afroamericanas, marcando un importante desarrollo en el ámbito religioso. Al mismo tiempo, el periodo se caracterizó por una intensa efervescencia religiosa y espiritual que trascendió el protestantismo. Creció el interés por corrientes como el espiritismo, el esoterismo y el ocultismo, al tiempo que surgían nuevas tradiciones religiosas en Estados Unidos, como los mormones, los adventistas del séptimo día y los testigos de Jehová.

Además, a finales del siglo XIX y principios del XX, se añadió un nuevo ingrediente al caldero de transformaciones de las grandes ciudades norteamericanas: la llegada de ingentes cantidades de inmigrantes. Ciudades como Nueva York y Chicago se vieron rápidamente expuestas a una diversidad y pluralidad nunca antes imaginadas. Aunque el protestantismo estadounidense seguía siendo fuerte, la llegada de un enorme número de extranjeros no protestantes hizo que Estados Unidos ya no pudiera considerarse una “nación protestante”. En la percepción de muchos protestantes, la gran “amenaza” eran los católicos, especialmente italianos e irlandeses. Para hacerse una idea de este crecimiento, Marsden (1991, p. 14) afirma que mientras que entre 1860 y 1900 el número de miembros de las principales confesiones protestantes pasó de

aproximadamente 5 millones a 16 millones, el número de católicos se cuadruplicó con la llegada de inmigrantes: de 3 a 12 millones. Las metrópolis, por tanto, se llenaron de gente que no hablaba inglés, no era aficionada a leer la Biblia, no tenía la costumbre de “guardar el domingo”, algunos bebían en exceso, a muchos les gustaba bailar y la “vida nocturna”, etc. La propia identificación de valores como la democracia, la libertad y la igualdad con el protestantismo se tambaleó. Estos valores ya no tenían que sostenerse en un entorno blanco, anglosajón y protestante, sino en un contexto cada vez más plural. Se produjeron reacciones. La “tierra de la libertad” llegó a convivir con la presencia cada vez más constante de discursos anticitólicos, antijudíos y antiextranjeros en general. Muchos veían a los inmigrantes como una amenaza para la civilización y la herencia de los “Padres Peregrinos”.

A lo largo del siglo XX, el ámbito religioso en Estados Unidos experimentó algunas transformaciones importantes, como la aparición de iglesias pentecostales, los conflictos internos en varias denominaciones protestantes entre tendencias liberales y fundamentalistas y el auge de predicadores mediáticos que atraían a grandes multitudes. Estos líderes, como Billy Graham, no sólo estaban presentes en actos presenciales, sino que ampliaban su alcance a través de la radio y, más tarde, de la televisión. A pesar de estos cambios, estas dinámicas no dieron lugar a una diversificación significativa de las tradiciones religiosas en el país más allá del cristianismo. Cohen y Numbers (2013, p. 8) identifican 1965 como un momento importante para el inicio de una nueva fase de pluralidad religiosa en Estados Unidos. Con la entrada en vigor de la nueva legislación de inmigración durante la administración de Lyndon Johnson, “millones de inmigrantes de todas las regiones del mundo, no sólo de Europa, comenzaron a llegar al país. Entre 1966 y 2000 llegaron 22,8 millones de inmigrantes legales”. Estos nuevos flujos migratorios han traído consigo una rica diversidad de tradiciones religiosas, consolidando la presencia de religiones procedentes de Oriente, como el islam, el budismo y el hinduismo. El propio cristianismo también se ha visto impactado por estas inmigraciones con la llegada de millones de evangélicos y católicos del “sur global”, reforzando un proceso de “des-europeización del cristianismo americano” (Cohen; Numbers, 2013, p. 8).

Después de haber hecho un breve repaso de la historia del ámbito religioso en Estados Unidos, volvamos a Peter Berger y al contexto reciente de las religiones en el país y su relación con la sociedad estadounidense. Podemos decir que las cuestiones que rodean a una sociedad religiosamente pluralista están directamente relacionadas con la defensa de valores y políticas que unen y/o dividen al país. Por un lado, Estados Unidos sería la nación de la diversidad y la libertad religiosa, en la que las más diferentes expresiones religiosas coexisten en paz, siendo dicha libertad un componente esencial de la identidad nacional. Por otro lado, persiste entre diversos sectores de la sociedad estadounidense el ideal de Estados Unidos como “nación cristiana”, fundada en valores basados en sus raíces blancas, protestantes y anglosajonas.

La tensión entre estos dos polos se produce en un contexto, como hemos visto, de creciente diversidad religiosa e incluso de auge de sectores de la población abiertamente no religiosos (los llamados *nones*), formados por ateos, agnósticos y personas sin vínculos con comunidades religiosas. En este punto coincidimos con la observación de Yang (2017) sobre la noción de pluralismo de Berger. En *Múltiples altares de la modernidad*, el pluralismo se define como “una situación social en la que personas de diferentes etnias, visiones del mundo y moralidades conviven pacíficamente e interactúan amigablemente” (Berger, 2017, p. 20). La visión del pluralismo de Berger tiene un carácter normativo, una situación ideal de convivencia armoniosa entre diferentes tradiciones religiosas en un mismo contexto. Sin embargo, a menudo vemos en la obra de Berger una cierta confusión entre las nociones de pluralismo y pluralidad, que sería la existencia de diversas tradiciones religiosas en un mismo territorio empíricamente observable.

Berger señaló la necesidad de “definir fórmulas para la coexistencia pacífica entre diferentes tradiciones e instituciones religiosas dentro de una sociedad” (2017, p. 158). A este reto se enfrenta el espacio público estadounidense. Aunque la pluralidad religiosa es una constante en la historia de Estados Unidos, la consagración del pluralismo como valor positivo y la esperanza de Berger de una tolerancia religiosa interiorizada son todavía una realidad lejana. El contexto actual, marcado por las guerras culturales, la

proliferação de discursos de intolerância hacia los grupos minoritarios y los inmigrantes, y la promesa de hacer “grande nuevamente” a la “América cristiana”, presenta varias barreras a la realización de este ideal.

REFERENCIAS

BERGER, Peter. **Os múltiplos altares da modernidade**: rumo a um paradigma da religião numa época pluralista. Petrópolis: Vozes, 2017.

BUTLER, Jon. **Awash in a sea of faith**: christianizing the American people. Cambridge: Harvard University Press, 1992.

COHEN, Charles L; NUMBERS, Ronald L. (Eds). **Gods in America**: religious pluralism in the United States. New York: Oxford University Press, 2013.

COMMAGER, Henry Steele. **O espírito norte-americano**: uma interpretação do pensamento e do caráter norte-americano desde a década de 1880. São Paulo: Cultrix, 1969.

HATCH, Nathan O. **The democratization of American Christianity**. New Haven and London: Yale University Press, 1989.

LINEBAUGH, Peter; REDIKER, Marcus. **A hidra de muitas cabeças**: marinheiros, escravos, plebeus e a história do Atlântico revolucionário. São Paulo: Companhia das Letras, 2008.

MARSDEN, George M. **Understanding fundamentalism and evangelicalism**. Grand Rapids: WM. B. Eerdmans, 1991.

MARSDEN, George M. **Religion and American culture**. 2ª ed. Orlando: Harcourt College Publishers, 2001.

MARTIN, Joel W. NICHOLAS, Mark A. **Native Americans, Christianity, and the Reshaping of the American Religious Landscape**. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2010.

POCOCK, J. G. A. **Linguagens do ideário político**. Sérgio Miceli (Org.). São Paulo: Edusp, 2003.

YANG, Fenggang. Secularização por agenciamento e experiências chinesas nas modernidades múltiplas. In. BERGER, Peter. **Os múltiplos altares da modernidade**: rumo a um paradigma da religião numa época pluralista. Petrópolis: Vozes, 2017.